

La economía del discurso

XXXVI° Coloquio Descartes - 2023

Eficacia máxima

A lo largo de los primeros seminarios se puede reconocer el trabajo de Jacques Lacan sobre las tensiones entre los registros que ordenan su enseñanza. Una de ellas, discurre en la estructuración que propone del sujeto a partir del acento puesto en la palabra y en el lenguaje. La cuestión de las psicosis¹ prepara el campo para desplazarse de un sujeto en función de la palabra plena² hacia otro sujeto efecto de la articulación de los elementos y leyes del lenguaje.

A la altura del *Seminario 3* desenmascara la perspectiva freudiana, afirmando: “el hombre, es el sujeto capturado y torturado por el lenguaje”. En esa opacidad de los efectos, puede preguntarse: “¿Cómo puede ser que el lenguaje tenga su eficacia máxima cuando logra decir algo diciendo otra cosa?”

Este interrogante que orienta en la lectura sobre las economías en juego en un discurso, despliega ya algunas respuestas: *algo* se dice con las palabras que refieren a otra cosa; esa otra cosa se constituye como el *más* que denuncia la impotencia de la palabra en alcanzar su referente, en su *eficacia máxima*. Esta economía imperfecta para toda ambición hermenéutica delimita a su vez las coordenadas propias de la intervención analítica en el campo de las neurosis y de las psicosis. Como señala Germán García, es desde la decisión diagnóstica por parte del analista que, a diferencia de toda intención académica, “va a actuar de una manera o de otra, o al menos tendrá la oportunidad de discutir con otros cómo actuar”³.

Con este horizonte propongo indagar sobre los alcances de la intervención analítica sobre el sujeto teniendo en cuenta la economía del discurso en juego.

Invasión del significante

El nudo del Edipo freudiano comienza a ser formalizado por Lacan como una metáfora inicial: el “punto de almohadillado” entre el significante y el significado determinado por la función del falo. Con ella se abre en la neurosis la posibilidad de desanudamiento de toda conexión preestablecida del código, por el efecto de su propia operación; un elemento sorprende sustituyendo a otro en *su* lugar: momento en que se presenta una nueva significación *-pasa* algo que hace de soporte a la existencia del sujeto en su relación al deseo, reparándose de la invasión imaginaria inherente a la captura por el doble⁴.

¹ “Introducción a la cuestión de las psicosis”: así fue titulada la primera clase del *Seminario 3 - Las Psicosis*.

² Por ejemplo, leemos en la Clase XXI del *Seminario 1*: “Para el inocente, para quien nunca penetró en dialéctica alguna y sencillamente se cree en lo real, el ser no tiene ninguna presencia. La palabra incluida en el discurso se revela gracias a la ley de la asociación libre que lo pone en duda, entre paréntesis, (...). Esta revelación de la palabra es la realización del ser”.

³ En *Variaciones sobre psicosis*. Clase 2. Otium Ediciones, 2011.

⁴ Lacan complejiza, sin embargo, este reparo: “la captura por el doble es correlativa de la aparición de lo que puede llamarse el discurso permanente subyacente a la inscripción que se hace en el curso de la historia del sujeto, y que dobla todos sus actos. Por cierto, no es imposible ver surgir este discurso en el sujeto normal”.

Esta función metafórica del significante es la que -según Lacan- se ve obturada en la psicosis, al punto que puede arriesgar⁵: “incluso cuando las frases pueden tener un sentido, nunca se encuentra en ellas nada que se asemeje a una metáfora”. Este escenario del discurso se encuentra, a su vez, con la invasión significante bajo la forma de la certeza, del dominio de la contigüidad, de la interrupción de la cadena: “¿Cuál es la significación de esta invasión del significante que tiende a vaciarse de significado a medida que ocupa más y más lugar en la relación libidinal, e inviste todos los momentos, todos los deseos del sujeto?”

O también, ¿de qué modo cada sujeto inventa⁶ una respuesta al traumatismo que supone el encuentro con el puro significante?

La “adjunción de nervios” (*Nervenanhang*) emerge en el texto de Schreber como “palabra clave”. Con su carácter neológico jaquea la atmósfera del lenguaje común: su significación no queda reducida en la remisión a otra significación, sino que se dirige a la significación en cuanto tal. En esta particular economía en que la palabra adquiere un peso particular, se escenifica un término irreductible -sin falta-. Lacan lo precisa con dos formas del neologismo: la intuición delirante y la fórmula.

La primera se presenta como un “fenómeno pleno” en el que el carácter inundante colma⁷ al sujeto como respuesta al vacío propio del significante. A una distancia opuesta, la fórmula es presentada rodeando una repetición que insiste al modo del estereotipo: un estribillo desierto en el que “la significación ya no remite a nada”.

La plenitud y el vacío de significación se constituyen como “plomadas en la red del discurso del sujeto”: se detiene el desplazamiento propio de toda remisión de significación. La lectura de esta ausencia de movimiento -del intervalo vacío entre significantes- permite “reconocer la rúbrica del delirio” a partir del término del discurso. Si todo lenguaje “es ya metalenguaje por su propio registro” interesa al analista, sin embargo, reconocer el modo en que el mismo se presenta: “La economía del discurso, la relación de significación a significación, la relación de su discurso con el ordenamiento común del discurso, es por lo tanto lo que permite distinguir que se trata de un delirio”.

Se trata, entonces, de leer el modo en que el sujeto se posiciona con respecto al lenguaje, el detalle en que la perturbación se revela.

Certeza y certidumbre

En *Variaciones sobre psicosis* Germán García afirma que “la única diferencia que tiene Schreber con un neurótico es que el neurótico delira pero lo hace con algo con lo que todos deliran, con su familia”. Éste comparte así una economía de significaciones normativizada gracias al nudo ofrecido por la novela familiar. Las determinaciones que esta Otra escena instituye hacen que el neurótico se ocupe de algunos pocos otros que lo implican a él como sujeto; no se preocupa por el

⁵ En la Clase XVII del mismo *Seminario 3*.

⁶ Ver *La invención psicótica*, conferencia que J.A. Miller brindó en París en 1999.

⁷ Respecto de esta condición, sugiero la lectura del prólogo de G. García a *Obras psicoanalíticas*, de V. Tausk. Allí propone una tensión entre el desciframiento del inconsciente y el enigma como colmo del sentido: escansión, exceso, que se produce como detención del puro desplazamiento: “Cuando el psicoanálisis afirma que el sentido es sexual, intenta marcar un lími-te. El sentido es el límite de lo sexual y lo sexual es el límite del sentido. Es por eso que el sentido se complace en el semejante y que siempre habrá una semántica (muchas semánticas) y nun-ca encontraremos LA semántica. El sentido articula ese goce desvanecido del pensar. Cuando los hermeneutas afirman que los símbolos dan que pensar, están lejos de contar el goce que dan”. Disponible en el Archivo Virtual - Germán García. [Link](#).

orden -o desorden- del mundo, no lo toma en serio. El neurótico -agrega García- alcanza a creer que algo malo en ese mundo puede pasar, pero no tiene la certeza: su interés está puesto en otro lado, en otra significación, y “abusa de eso”. El neurótico manipula su realidad, modaliza sus relatos; esa creencia supone un “sí y no” simultáneo: tiene el derecho a ser inconsecuente. Este derecho a la incertidumbre se contrasta con “la tragedia social del psicótico”. Schreber no se ocupó de su familia⁸ sino del orden social del mundo; sin otra salida que ser consecuente.

En 1958 en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* Lacan habla de fenómenos que “han sido llamados erróneamente intuitivos”; hace una sutil distinción entre el *efecto* y el *desarrollo* de significación: “Se trata de hecho de un efecto del significante, por cuanto su grado de certidumbre (grado segundo: significación de significación) toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta primeramente en el lugar de la significación misma”.

Vemos cómo el modo certero puede recubrir también las formas neológicas de la intuición o de la fórmula. Frente a la ausencia de una significación fálica que normativice la relación con el Otro, el enigma colmado de vacío viene a *ocupar* ese lugar. Distintas variantes del acto pueden aparecer como respuesta a este imposible. Diversas maniobras discursivas pueden emerger como terapéuticas contra la anormalidad, conformando un nuevo drama⁹.

Lacan resalta que en la consideración de la interpretación “la forma misma de la palabra es absolutamente esencial”¹⁰: en los sueños presentados por Freud -si no se consideran la “sucesión de homonimias, metonimias y formaciones onomásticas”- su entidad se desvanece. En esas formaciones, en esa presentación del juego significante, se revela “algo que sale del fondo del sujeto, algo que puede llamarse su deseo”, que hace de su soporte. Este deseo significado Lacan lo define en su captura por el significante; así concluye: “Quedamos fascinados por la significación de ese deseo, y olvidamos el aparato significante”. Una clara advertencia que interesa, porque no desconoce el imposible real en juego. Años después, en *Metáfora del sujeto*, Lacan introduce una pregunta que da cuenta de los *impasses* de los optimistas del sentido, iluminando la dimensión de la sospecha en la oscuridad de la ciencia y en el campo de la retórica: “¿A dónde quiero llegar sino a convencerlos de que lo que el inconsciente trae a nuestro examen es la ley por la cual la enunciación nunca se reducirá al enunciado de discurso alguno? (...) el discurso de la ciencia, en la medida en que invocaría la objetividad, la neutralidad, la grisalla y hasta el género sulpiciano, es tan deshonesto y tan negro de intenciones como cualquier otra retórica.”

Ese *algo que sale del fondo*, con todas las paradojas impropias del deseo, se instaura como el campo propio de intervención del psicoanálisis.

Economía narcisista

Los atolladeros de una terapéutica de las psicosis se comprenden regularmente por las dificultades en la transferencia, cuya ruptura destapa los cortocircuitos de la dimensión imaginaria. Freud ubica -recuerda Lacan- a la megalomanía propia de algunas formas psicóticas -con todas las modulaciones que la misma pueda presentar- como representación del temor narcisista: “*El*

⁸ Su familia sí, en cambio, se ocupó de él; una de sus variantes fue haber comprado todas las copias de la edición de sus *Memorias* apenas fueron publicadas, “a fin de mitigar el escándalo que ella representaba”. Ver prólogo de edición Petrel (1978) de las *Memorias de un neurópata*.

⁹ Un temprano texto de G. García advierte de esto gracias a una normal ocurrencia en un Hospital Neuropsiquiátrico. [Link](#).

¹⁰ En la Clase XIX del *Seminario 3*.

*agrandamiento del yo del sujeto a las dimensiones del mundo es un hecho de economía libidinal que se halla aparentemente por entero en el plano imaginario. Haciéndose objeto de amor del ser supremo el sujeto puede entonces abandonar lo que en primera instancia le parecía lo más precioso de lo que debía salvar, a saber, la marca de su virilidad”.*¹¹

Para la neurosis, en cambio, el pivote de la economía libidinal en la neurosis “es el tema de la castración”. Al modo de un salto afirma: “Es la castración la que condiciona el temor narcisístico. La aceptación de la castración es el duro precio que el sujeto debe pagar por este re ordenamiento de la realidad”. La economía neurótica se rige así a partir de una pérdida que determina su mundo desde las ficciones de la novela familiar: una “invariante prevalente”. La operación de Lacan es rescatar entonces al falo como función central dentro de esta economía libidinal, frente a la posición de post-freudianos que propusieron encontrar “simétricos equivalentes”.

En la Clase XII del *Seminario 3* se señala la particular importancia que adquieren los fenómenos del lenguaje en la economía de la psicosis: “Sería sorprendente que el psicoanálisis no aporte un nuevo modo de tratar la economía del lenguaje en las psicosis, modo que en todo difiere del abordaje tradicional, cuya referencia eran las teorías psicológicas clásicas. Nuestra referencia es otra: es nuestro esquema de la comunicación analítica”.

Tomando el esquema L, Lacan recuerda que un análisis se propone revelar la palabra fundamental entre S y A, interrumpida, resistida al paso por el circuito imaginario (a - a’): “El sujeto en la corporeidad y la multiplicidad de su organismo, en su fragmentación natural, que está en a', toma como referencia esa unidad imaginaria que es el yo, a, donde se conoce y se desconoce, y que es aquello de lo que habla; a quién no sabe, puesto que tampoco sabe quien habla en él”. El lugar del analista -a esta altura de su enseñanza, y con estas coordenadas lógicas- se instala en “algún lado” en A, por fuera de la estricta simetría imaginaria, de toda identificación al sujeto. Se trata de “estar muerto lo suficiente para no ser presa de la relación imaginaria”.

Regidos por los vectores de este esquema, resume un recorrido del sujeto en el análisis:

- el sujeto habla de él; no le habla al analista
- el sujeto le habla al analista; no habla de él

El final del análisis se conforma cuando “cuando les haya hablado de él -que habrá cambiado sensiblemente en el intervalo- a ustedes”: “Permitir la progresiva migración de la imagen del sujeto hacia S, la cosa que revelar, la cosa que no tiene nombre, que no puede encontrar su nombre a menos que el circuito culmine directamente de S hacia A. Lo que el sujeto tenía que decir a través de su falso discurso encontrara paso con mayor facilidad mientras más la economía de la relación imaginaria haya sido menguada progresivamente.”

El Otro -ese lugar de la palabra- se propone entonces como el “intermedio” en que la realización de la palabra plena se realiza: “ese tú eres en que el sujeto se sitúa y se reconoce”.

Esta economía, en la psicosis, se instala de otro modo: el sujeto psicótico se excluye “del Otro donde el ser se realiza en la palabra que confiesa”. Esta exclusión de este lugar tercero provoca la invasión y parasitación del discurso sobre el sujeto, suspendiéndose éste último “de su presencia”. Esa suspensión, para Freud confirma una “economía esencialmente narcisista”.

¹¹ En la Clase XXV del *Seminario 3*.

Esta estructuración muestra cómo “la cuestión del centro del sujeto siempre queda abierta”¹². Síntesis imposible que confirma cómo la paranoia, por ejemplo, muestra un “trastorno esencialmente libidinal, juego complejo de un agregado de deseos transferibles, transmutables, que pueden entrar en regresión, y el centro de toda esta dialéctica aún sigue siendo problemático”. Esta cuestión, como la compleja economía de las pulsiones propia de las psicosis es abordada por los post-freudianos “a partir de los procedimientos empleados por el yo para arreglárselas con diversas exigencias (...). El yo vuelve a ser no sólo el centro, sino la causa del trastorno”.

Frente a la siempre presente tentación de reforzar al yo, o la persuasión médica¹³ de no quedar cooptados por las “desfiguraciones” del delirio (la supuesta impotencia en operar como “secretarios del alienado”), Lacan propone tomar “el relato al pie de la letra”; brújula ética para reconocer al sujeto en su intento de sostener o reconstruir el mundo. En esta dinámica podemos leer el testimonio de Schreber: “Esto confirma elocuentemente que todo sinsentido llevado al extremo termina por llegar a un punto en que se niega a sí mismo -verdad que hace ya muchos años, el Dios inferior formula con estas palabras reiteradas a menudo: ‘Todo sinsentido se anula’”.

Tomar al pie de la letra el texto, reconocer la economía del discurso, advertir el modo en que la estructura siempre oculta de la metonimia ofrece su material, se ofrecen como respuestas en el dispositivo analítico para reconocer *la cuestión* de un sujeto.

Augusto Pfeifer
Febrero 2023

¹² En la Clase VIII del mismo Seminario.

¹³ En 1864 Falret (en *Las enfermedades mentales y los asilos de alienados*) proponía evitar una posición pasiva respecto de la patología mental: “Si quieren llegar a descubrir los estados generales en los que germinan y se desarrollan las ideas delirantes, si quieren conocer las tendencias, las direcciones del espíritu y las disposiciones de los sentimientos fuente de todas las manifestaciones, no reduzcan su deber de observador al papel pasivo de un mero secretario de enfermos, de taquígrafo de sus palabras o de narrador de sus acciones; convézanse de que si no intervienen activamente, si apuntan de cierto modo sus observaciones bajo el dictado de los alienados, toda la situación interior de estos enfermos se encuentra desfigurada al pasar a través del prisma de sus ilusiones y su delirio”.